

Identidad y Destino: El Caso de Chile

Bernardo Subercaseaux*

Un nuevo escenario

Jóvenes chilenos que bailan el rap y comparten el mismo gusto por el rock, por ciertos graffittis o estilos de vida, se sienten hoy día más próximos a jóvenes de otros países –que comparten esos mismos gustos– que a la sociedad nacional a la cual pertenecen. Alberto Fuguet, uno de los más destacados exponentes de la nueva narrativa chilena, publicó una antología-manifiesto *Mc Ondo*, en la cual desde el propio título ya indica que sus señas de identidad provienen de la globalización –las hamburguesas *Mc Donald*, los video clips y los computadores *Mac*– en desmedro de las señas tradicionales de un específico cultural chileno, como las ramadas, Violeta Parra, o la Cordillera de los Andes¹.

Por otra parte, los “nosotros” de mayor fuerza y persistencia simbólica se construyen cada vez más en torno al fútbol o a programas de radio y TV, o a los partidarios de Quenita o el Chino Ríos. También las identidades se conforman en el consumo de bienes que integran y diferencian simbólicamente a los usuarios, en torno a un cierto tipo de ropa, a una marca determinada de motocicleta, a un aro en la nariz, o a cierto tipo de música. Paralelamente adquieren mayor presencia en el espacio público identidades de género, como la femenina y la homosexual, o identidades etarias, como los adolescentes del “carrete”, “jugoso” y “bacán” y la tercera edad.

Junto a estos fenómenos identitarios no tradicionales, los mapuches, en diferentes lugares del país, levantan una reivindicación étnica y cultural con una vehemencia y un apoyo (nacional e internacional) no conocidos. Si bien algunos de estos procesos pueden haberse dado con anterioridad, hoy forman par-

* Vicedecano Facultad de Filosofía y Humanidades. Universidad de Chile.

¹ Alberto Fuguet y Sergio Gómez, *Mc Ondo*, Barcelona, 1996.

te de un escenario distinto, en la medida que ante el proceso de globalización y massmediatización en curso, la nación se ha visto debilitada en su capacidad de apelación a un “nosotros” común, disminuida en su rol de contenedora de lo social y más bien limitada –en este aspecto– a las señas de identidad que concitan algunos eventos deportivos.

Cabe preguntarse qué significa ser chileno, en términos culturales, cuando nos acercamos al bicentenario. ¿Qué tienen en común personajes como el oficinista que vibra con el lenguaje del Rumpy; la señora que hace una cola para adquirir la pulsera de Omarcito, al que sigue de la radio Colocolo; el estudiante de la Universidad de la Frontera que se identifica con la etnia mapuche y con el ingreso de Aucan Huilcamán a la Plaza de Rancagua; el hiphoper de la población Nueva Uno que integra la barra de Los de Abajo; el joven empresario Punto.Com que lee la revista Capital y que se le sube la adrenalina cuando escucha la palabra “emprendedor”; o la mujer temporera que está apurada en terminar sus labores agrícolas para no perderse el final de una teleserie? En términos del concepto tradicional de identidad, casi nada. Tampoco en términos de los clichés del ser chileno como aquello del “carácter apequenado” o la falta de asertividad. Lo único que tienen –y que tenemos en común– es un nuevo escenario cultural y comunicativo; en cada uno de ellos, aun dentro de los escuetos rasgos señalados, hay huellas de las grandes transformaciones culturales ocurridas en las últimas décadas. Nos referimos entre otras a la massmediatización y organización audiovisual de la cultura, que afecta todas las actividades: desde la política hasta la educación, desde el teatro y la literatura hasta la religión; desde el amor hasta el miedo. Nos referimos también a las innovaciones tecnológicas, a la estética del zapping, a la TV y a Internet, al teléfono celular y a lo multimedial.

Entre quienes viven o piensan la identidad nacional desde una perspectiva tradicional, este nuevo escenario ha generado cierto malestar. Se dice que Chile ya no es un país, que es un paisaje. Se dice que entre nosotros la imitación compulsiva auspiciada por la lógica de mercado pareciera no tener contrapeso. Hay incluso quienes piensan que carecemos de piso, de proyecto común, de alma. En la sección “Cartas” de los periódicos, los lectores con frecuencia se quejan por la desaparición o neutralización de ciertas señas de la identidad chilena. Para restablecer los equilibrios los huasos, las carretas o las costumbres envasadas se suelen exhibir en el mall de Alto Las Condes o en el Parque Arauco, convenientemente respaldadas con música de Los Quincheros

o del tío Lalo Parra. También es cierto, por otra parte, que en el pucara de Quito, en el Valle de la Luna y en otras localidades de San Pedro de Atacama, son las propias comunidades étnicas de la zona que se han –valga la redundancia– etnificado, las que administran y manejan con gran dignidad esos y otros recursos patrimoniales de la región. Asistimos también a un fuerte proceso de reivindicación cultural y política del pueblo mapuche en el sur del país, los pueblos indígenas en Chile, como en otros países de América Latina se han constituido en un nuevo sujeto político, situación que ha motivado preocupación en diversos ámbitos. Todo ello indica que es necesario abrir espacios reflexivos sobre estas temáticas, volviendo incluso a reexaminar conceptos básicos como el de identidad o de nación, para situarlos en una perspectiva histórica y luego actual.

Identidad Cultural

¿Qué se entiende por identidad cultural? La visión más tradicional concibe a la identidad cultural de un país –o a la identidad nacional– como un conjunto de rasgos más o menos fijos, vinculados a cierta territorialidad, a la sangre y al origen, como una esencia más bien inmutable constituida en un pasado remoto, pero operante aún y para siempre. Se habla de una identidad cultural estable (la identidad nacional o la identidad de género pertenecerían a ese orden) para diferenciarla de procesos identitarios transitorios o inestables, o de microidentidades como la de barrio, club deportivo, edad, etc. También se habla de identidades sociales como la de determinado sector, localidad, grupo o clase y de identidades individuales.

En la visión tradicional subyace una concepción esencialista en que el concepto de identidad tiene similitudes con el concepto de carácter, pero referido no a un individuo sino a un pueblo. En psiquiatría o psicología cuando se habla del carácter de una persona determinada, se habla de estructura de personalidad, de aquellos rasgos que son una constante y que no cambian. Si un individuo tiene un carácter compulsivamente perfeccionista o melancólico, puede morigerar esas tendencias, pero ellas no desaparecerán, pues se trata de la base de su personalidad, de una especie de código genético. Llevada a un extremo, esta visión más tradicional tiende a sustancializar la identidad, percibiendo negativamente toda alteración de la misma. La identidad implicaría siempre continuidad y preservación de ciertos rasgos acrisolados en el pasado;

se vería, por ende, continuamente amenazada por aquello que implica ruptura, pérdida de raíces, vale decir por el cambio y la modernidad. Tras esta perspectiva subyace una visión de la cultura como un universo autónomo, con coherencia interna, como un sistema cerrado que se sustrae a la historicidad.

Aunque con distintos grados de moderación y sin caer en el extremo fundamentalista que hemos señalado, es esta visión más tradicional y estática la que ha primado en el sentido común y en la reflexión sobre identidad tanto en Chile como en América Latina, y también en las cartas a los periódicos que se quejan porque en las ramadas tocan más cumbias que cuecas. Ella está detrás cuando nos preguntamos por ejemplo, por el ser chileno, o por la identidad del mexicano, o por el carácter argentino, preguntas que suponen la existencia de un paquete de rasgos fijos e inalterables, de una matriz única que implica necesariamente un nivel de abstracción, puesto que desatiende la heterogeneidad en los modos de ser y las múltiples y variadas expresiones de la vida social y cultural que se dan en un país.

En una versión distinta de esta postura, la identidad nacional se define no como una esencia inmutable, sino como un proceso histórico permanente de construcción y reconstrucción de la comunidad imaginada que es la nación o que es un determinado grupo y sector cultural. Las alteraciones ocurridas en sus elementos no implican entonces necesariamente que la identidad nacional o colectiva se haya perdido, sino más bien que ha cambiado. Las diferencias culturales no obedecerían por ende a esencias culturales inmóviles, sino a accidentes de ubicación e historia. Nada habría en las diferentes culturas humanas que sea o haya sido exclusiva u ontológicamente “propio”. Potencialmente, entonces –en la medida que no se puede fijar una demarcación irreductible entre “lo propio” y lo “ajeno”– cada cultura es todas las culturas. Con esta perspectiva el concepto de identidad pierde su lastre ontológico y finito, convirtiéndose en una categoría en movimiento, en una dialéctica continua de la tradición y la novedad, de la coherencia y la dispersión, de lo propio y lo ajeno, de lo que se ha sido y de lo que se puede ser.

La concepción esencialista de identidad es, sin embargo, la que subyace al malestar a que nos referíamos al comienzo; también, por lo general, es la que alimenta los discursos identitarios tradicionales de nuestra historiografía, como aquél que señala a la homogeneidad como uno de los rasgos propios de la identidad nacional chilena. Los autores del pasado que reflexionan en esta

línea, piensan que la homogeneidad existe realmente, que está allí afuera, que el nacionalismo etnolingüístico blanco tiene una base empírica en la historia y en la demografía del país.

Algunas concepciones contemporáneas insisten en la unidad y homogeneidad racial del pueblo chileno. Por ejemplo, el mito fundacional que preside la concepción de la historia del ejército publicada por su Estado Mayor es el mito de la homogeneidad de la raza, la mezcla física y cultural de sangres araucana y española y la amalgama de sus virtudes en el crisol de la Guerra (Historia del Ejército de Chile, 1980-82). Para este tipo de posturas, la identidad de la nación –que tiene como eje a la raza como hecho biológico y cultural– es prediscursiva, está allí como lo está una sustancia o una piedra. En un artículo de hace unos años el senador (designado) y ex general Julio Canessa Robert, señala que “la cultura mapuche es consustancial al concepto mismo de chilenidad. Tratarlos como una etnia diferente es racismo, en el peor sentido de la expresión”². Se trata por supuesto de una apelación identitaria de uso ideológico, en la medida que tal homogeneidad oculta relaciones de dominación y exclusión. Cabe señalar, en todo caso, que así como en otros países de América Latina hay una cultura de la pluralidad cultural, en Chile, desde el siglo XIX, se vislumbra una ideología identitaria de la homogeneidad cultural. Se trata de un trasfondo que explica, en parte, el malestar que se percibe hoy día frente a la idea de diferencia en los sectores más conservadores del país.

Frente a este manejo y enfoque más tradicional del concepto de identidad, está el punto de vista de quienes conciben a las identidades culturales o a la identidad nacional como algo carente de sustancia, como identidades meramente imaginarias o discursivas, como objetos creados por la manera en que la gente, y sobre todo los intelectuales y los historiadores, hablan de ellos. La identidad, desde esta perspectiva, no es un objeto que exista independientemente de lo que de él se diga. Para los autores que sostienen esta postura de tinte posmoderno³, la identidad es una construcción lingüístico-intelectual que adquiere la forma de un relato, en el cual se establecen acontecimientos fundadores, casi siempre referidos a la apropiación de un territorio por un pueblo o a la independencia lograda frente a los invasores o extraños. Los libros escolares, los museos, los rituales cívico-militares y los discursos políticos son los

² ¿Integrarlos o segregarlos?, *El Mercurio*, Santiago, 14-4-1999.

³ José Joaquín Brunner, *Cartografías de la modernidad*, Santiago, 1995.

dispositivos con que se formula la identidad de cada cultura, de cada nación y se consagra su retórica narrativa. La identidad nacional desde esta perspectiva siempre tendrá la estructura de un relato y podrá ser escenificada o narrada como una epopeya, como una pérdida o tragedia, como una crisis, como una evolución o como proyecto y destino.

Desde el punto de vista anterior, la nación o determinada comunidad local más que una comunidad histórico-política o un dato geográfico, sería una comunidad imaginada, una elaboración simbólica e intelectual, que se constituiría en torno a la interpretación del sentido de la historia de cada localidad o país. Se trata de una postura que en su grado extremo disuelve la identidad y elimina el referente, aproximándose a la fina ironía de Borges cuando en una oportunidad señaló que ser argentino –o para el caso ser chileno, mexicano, brasileño– es sobre todo un acto de fe.

Frente a estas posturas que diluyen la cuestión de la identidad en discurso o creencias, otro sector de autores, herederos en alguna medida de la visión más tradicional, sostienen que la identidad nacional no es discursiva o imaginaria, sino que es más bien prediscursiva o extradiscursiva. La conciben por ende como una mezcla de tradiciones, lenguas, costumbres, circunstancias históricas compartidas, en fin, todo aquello que conforma los modos de ser o el carácter de un pueblo, y que constituye una realidad operante más allá o más acá del discurso, una realidad a la que tenemos acceso vivencial o fenomenológico cada vez que estamos entre argentinos, chilenos, brasileños, chilotes, nortinos, sureños, norteamericanos, mapuches, etc. Dentro de esta línea hay también (y a ella nos sumamos nosotros) una concepción de identidad que admite los dos componentes: la mediación imaginaria y discursiva, pero también la dimensión extradiscursiva, vale decir un referente que puede ser constatado y perfilado empírica e históricamente. Dentro de esta línea de pensamiento, la nación, o una determinada localidad, junto con ser un dato geográfico y una territorialización histórico-política, es también un constructo intelectual y simbólico. La nación, o una determinada localidad, por lo tanto, sería, al mismo tiempo, una realidad constatable que existe y ha existido independientemente de la subjetividad, y una comunidad imaginada o relatada, vale decir un constructo intelectual y simbólico.

Finalmente se da también una concepción más relacional de identidad. Según esta perspectiva el “nosotros” siempre surge de la delimitación de un “ellos”.

La identidad lejana e insular de Chile, por ejemplo, responde a la visión de un “otro” europeo. La identidad mapuche se construye en función del tratamiento que viene recibiendo ese pueblo por parte de una sociedad “otra” desde la conquista hasta el presente. La identidad deviene así un asunto de autoafirmación. En la medida que la constitución de una identidad depende de una alteridad ausente, necesariamente se remite a esa alteridad y está contaminada por ella⁴.

En síntesis, el aporte fundamental de la discusión sobre identidad en las últimas décadas apunta a la desustancialización del concepto, por una parte desde el campo de su historicidad y por otra desde la teoría cultural postmoderna. Desde esta última con dos variantes: una que llamaríamos “light” que convierte a la identidad en pura discursividad, y otra que aguza la mirada hacia la diferencia, la alteridad y lo heterogéneo, construyendo en consecuencia un concepto relacional de identidad, que privilegia las identidades construidas en el descentramiento de la cultura y en su desterritorialización, las identidades que trasuntan un mundo crecientemente internacionalizado en que la cultura no reconoce ejes unificadores a nivel de la nación, sino yuxtaposiciones, culturas diversas e híbridos. Esta última postura, sin embargo, deja abierta la pregunta por aquello que le confiere coherencia a la identidad nacional en tanto espacio en que se articulan las diferencias.

Dos matrices en la concepción de lo nacional

Hemos utilizado el concepto de identidad nacional indistintamente con el de identidad cultural. La antropología y la etnohistoria distinguen ambos conceptos; nosotros, empero, los hemos empleado de modo cruzado y casi siempre como sinónimos. Esta perspectiva coincide, como veremos, con la ambigüedad que conlleva el concepto de nación y con las dos vertientes que concurren a la constitución de lo nacional. ¿Qué se entiende por nación? Cabe señalar en primer lugar que la nación es una construcción política de la modernidad. No siempre existieron naciones, de hecho hasta por lo menos el siglo XVII predominaron otras formas de organización política o de territorialización del poder, como por ejemplo los imperios o las ciudades mercantiles. La nación, o más bien la forma Estado-nación como realidad o como ideal

⁴ Chantal Mouffe, “Por una política de identidad nómada”, *Revista Debate Femenino*, 14, México, 1996.

político-institucional, se instala en el mundo a partir de la Ilustración y la revolución francesa. La idea de que la humanidad está naturalmente dividida en naciones, de que hay determinados criterios para identificar una nación y reconocer a sus miembros, la idea de que cada nación tiene derecho a un gobierno independiente y soberano, y de que los Estados son legítimos en la medida que responden a estos parámetros, es una idea moderna. La nación, históricamente, por lo tanto, es una comunidad política de la modernidad.

En el ámbito de la Ilustración, la nación aparece definida políticamente. La idea de contrato social (que constituye una de las bases filosófico-políticas de la democracia), la idea de la nación como una unión de individuos gobernados por una ley y representados por una asamblea de la que emerge la ley (base de la distinción entre los poderes ejecutivo, legislativo y jurídico), son ideas todas que implican una definición político-institucional de la nación. En esta perspectiva el concepto de nación implica al Estado y también una base territorial. A partir de esta definición política de la nación se generaliza la forma Estado-nación como forma jurídica, como territorialización del poder, como discurso ideológico de integración, como parámetro para la organización de la educación y de la cultura. Es dentro de este marco, a comienzos del siglo XIX, que Chile emerge como nación, rompiendo con esa forma arcaica de organización del poder que fue el Imperio.

A partir de este marco, se desarrolla también, durante el siglo XIX, la construcción de la nación, en que el Estado junto con la elite, desempeñan un rol fundamental en el proceso de nacionalización o chilenización de la sociedad: difunden e imponen a través de la Escuela, la prensa y otros mecanismos, un “nosotros”, un sentido de pertenencia, una suerte de etnicidad no natural, una especie de segunda naturaleza centrada en la idea de ser ciudadanos de Chile, una idea que desatiende los particularismos étnicos, visualizándolos incluso como una amenaza que atenta contra la construcción de una nación de ciudadanos. En esta perspectiva hay que situar las políticas de inmigración impulsadas por Pérez Rosales y los gobiernos liberales.

La concepción de la nación que hemos reseñado, concepción que conlleva una definición política de la misma, y que es indudablemente de cuño francés, va a ser, sin embargo, modificada por el romanticismo europeo, particularmente alemán, con ideas que van a significar un viraje en la concepción y uso del concepto de nación y, lo que es más importante, en la delimitación de lo

nacional. En efecto, en la tradición romántica alemana se gesta una concepción cultural de la nación casi en antagonismo con la concepción exclusivamente política de la misma. En esta concepción la nación pasa a ser definida por sus componentes no racionales ni políticos, sino por el lenguaje, por las costumbres, por los modos de ser, por su dimensión simbólica, por la cultura. Contra la universalidad ilustrada y abstracta, el romanticismo alemán rescata los particularismos culturales, la individualidad y el sentimiento, lo singular e infraintelectual. Dentro de esta concepción de nación, el nacionalismo se convierte en un rescate de aquello que es más particular de un pueblo: la lengua, las costumbres, las tradiciones, los modos de ser, los refranes, etc. En esta perspectiva la base de la nación pasa a ser no tanto una frontera geográfico-política o un hecho biológico como la raza, sino un hecho cultural o espiritual: la nación es antes que nada memoria compartida, alma, espíritu, sentimiento, y lo secundario es la geografía o la materia corpórea.

Se perfilan así dos énfasis en la concepción de la nación, énfasis que tienen aspectos contradictorios. De estas contradicciones derivan en nuestro medio algunas tesis historiográficas diferentes. Mario Góngora, por ejemplo, sostiene una tesis que se inclina por el predominio en Chile de la primera opción, por la idea de que la nacionalidad chilena ha sido una construcción desde arriba, una creación desde el Estado. A diferencia de la realidad europea, donde las naciones y los sentimientos nacionales fueron, en general, anteriores a su constitución como Estados; o bien en casos como México o Perú, donde tanto las culturas precolombinas como la colonización española dejaron una fuerte impronta de identidad que impregnó culturalmente a las nuevas repúblicas; en el caso chileno el surgimiento de la nacionalidad habría sido una creación político-institucional realizada luego de la guerra de la Independencia, en ruptura con un pasado colonial cuyo legado tuvo menos peso que en otros países. Una tesis distinta ha sostenido recientemente Alfredo Jocelyn Holtz, para quien no ha sido el Estado sino la sociedad civil y la elite los artífices de la nacionalidad chilena. No es casual, a fin de cuentas, que existan tesis diferentes sobre la construcción de la nación, ello implica énfasis distintos en el concepto de nación que se utilice.

Déficit de espesor cultural: pluralidad interferida

Nuestra tesis del déficit de espesor cultural es una tesis comparativa, en la medida que señala un rasgo diferencial de la cultura chilena en relación a

otros países. Es precisamente esta perspectiva comparada la que permite hablar de un déficit de espesor cultural, pues desde el punto de vista estrictamente antropológico todas las culturas tienen el espesor que les corresponde, y no cabría por lo tanto hablar de “déficit”.

La ideología homogeneizante o tradicional plantea que la raza chilena estaría constituida fundamentalmente por la fusión de europeos y araucanos (también en menor porcentaje por otras etnias). Desde este punto de vista el concepto de raza apuntaría tanto a lo biológico como a lo cultural. Tal como hemos señalado en páginas anteriores, algunas concepciones contemporáneas insisten en la unidad y homogeneidad racial del pueblo chileno, planteando que desde La Araucana los mapuches forman parte, biológica y simbólicamente, de la nación chilena. Tales posturas, pasadas y actuales, contrastan con nuestro punto de vista, puesto que perciben en los mapuches un aporte de origen étnico a nuestra identidad, en la medida que desde la Colonia éstos habrían formado parte de la nación chilena. Se trata, sin embargo, de un contra-argumento que precisamente nos permite reafirmar nuestra tesis.

Los mapuches, como se sabe, constituyen un porcentaje no despreciable de la población chilena. El último censo indica que la población que se identifica con esta etnia alcanza a casi un 10% de la población total y en la Región de la Araucanía a más de un 25%. Durante los siglos XIX y XX, en el período de construcción del Estado Nacional y en el proceso de nacionalización (que emprendió este Estado) de la sociedad chilena (fundamentalmente vía la educación), la cultura mapuche o sociedad menor recibió de la sociedad mayor un trato reiterado. Fueron levantados y ensalzados como mito pero vituperados como realidad, se prestigiaba simbólicamente la epopeya mapuche en desmedro del mapuche existente, al que se le usurpaban las tierras y se le despreciaba como bárbaro y antiprogreso. Desde Andrés Bello, que publicaba artículos antiaraucaños en un periódico titulado paradójicamente *El Araucano*⁵, hasta el “Arauco Shopping Center”, la estrategia –consciente o inconscientemente– ha sido la misma. No es casual que hasta el día de hoy los mapuches hablen de “los huincas” y de “ustedes los chilenos”. Se trata de una forma lingüística que indica en la subjetividad de los usuarios una ausencia de identidad nacional chilena. Aun cuando algunos documentos o discursos de cací-

⁵ Debo esta observación a Jaime Concha, estudioso de nuestra cultura que dicta clases en Estados Unidos.

ques en el pasado hayan incluido apelaciones patrióticas, los mapuches en tanto comunidad nunca han formado parte de la nación en los términos planteados por Benedict Andersen: como parte de una comunidad imaginada⁶.

En Chile, a diferencia de otros países de la región, la mezcla física con indígenas no se tradujo en un proceso activo de interculturalidad. Más bien puede afirmarse que la cultura mapuche (entendiendo por tal desde la lengua, las costumbres y las visiones del mundo hasta sus expresiones artísticas) ha sido un ghetto y su presencia o proyección cultural en la sociedad mayor, vale decir su peso en la identidad nacional, es más bien débil, y esto abarca desde el plano del lenguaje, hasta las formas de vida y las formas artísticas (salvo, es cierto, algunas excepciones puntuales y recientes en el plano literario). Desde esta perspectiva hablar de una etnia diferente no es racismo –como señala el artículo citado de Julio Canessa–; precisamente el racismo consistiría en negar o no reconocer la existencia de esa cultura diferente (en la que aquí y allá se pueden espigar algunos elementos de interacción con la cultura de la sociedad mayor).

Hay también quienes plantean que el carácter de ghetto o la escasa proyección a nivel nacional y latinoamericano de la cultura mapuche se debería a cierta debilidad intrínseca de sus manifestaciones en relación a otras culturas de origen étnico del continente. Nada asegura, sin embargo, que la monotonía de la música araucana no pueda ser considerada el día de mañana como uno de los más altos valores musicales, como de hecho ha ocurrido con la atonalidad en la música contemporánea. Cabe señalar, entonces, que la deuda histórica que tiene la sociedad mayor con respecto a los mapuches, además de económica (por la apropiación y reducción de tierras) es también de índole cultural. Como contraste al caso chileno, un país donde efectivamente se ha producido una proyección nacional de la diversidad étnica es Paraguay, país en que la etnia guaraní a pesar de no tener en cifras de población un gran peso (actualmente apenas el 1,5% de la población), sí tiene enorme y difundida importancia cultural en todo el país. De los 4.150.000 habitantes alrededor del 50% de la población es bilingüe, y 39% utiliza como habla fundamentalmente el guaraní⁷. En Paraguay hay hasta un canal de televisión con programas en guaraní.

⁶ Benedict Andersen *Comunidades imaginadas: reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, F.C.E. México, 1993.

⁷ Graziella Corvalán *¿Qué es el bilingüismo en el Paraguay?*, Centro Paraguayo de Estudios Sociológicos, Asunción, 1998.

Augusto Roa Bastos, el más importante autor contemporáneo del Paraguay, es claramente un escritor transcultural, del mismo modo que lo son Miguel Angel Asturias en Guatemala, José María Arguedas en Perú y Jorge Amado en Brasil.

Además de Paraguay, se pueden señalar como ejemplos comparativos, los casos de Bolivia, Ecuador, Guatemala, México y Brasil. En cuanto a este último país se puede afirmar que la cultura afrobahiana del noreste se ha proyectado a todo el Brasil, con una fuerte carga de identidad nacional: son los componentes étnicos y demográficos de la cultura afrobahiana los que nutren desde la samba, el bossa nova, las macumbas y los sincretismos religiosos hasta Jorge Amado y el carnaval. Brasil es nitidamente un país donde los particularismos culturales (originados en la cultura negra de base esclavista) se proyectan con enorme fuerza en todos los estratos de la sociedad y cimientan, más allá de la práctica política o social, el imaginario cultural y la identidad nacional del país. Se trata de países que, a diferencia de Chile, tienen una cultura de la pluralidad cultural.

La inmigración tampoco ha representado en Chile un aporte significativo al espesor cultural y a la identidad nacional, sobre todo si pensamos en términos comparativos con Argentina. En Chile siempre se ha mantenido como una influencia local: los alemanes en el Sur y algunas colonias extranjeras en la capital, o en Punta Arenas y en el norte, pero sin llegar a la significación que tiene para la identidad nacional la inmigración europea en los países del Río de la Plata, particularmente en Argentina, donde a partir de las primeras décadas de este siglo, como consecuencia de una inmigración masiva y no selectiva, se altera y cambia radicalmente el panorama cultural e identitario de ese país, incluso en el plano de la lengua. En los países del Río de la Plata se puede hablar, a diferencia de Chile, de un espesor cultural de carácter demográfico que se constituye a partir de las migraciones europeas de fines del siglo diecinueve y comienzos del veinte.

La tesis del déficit de espesor cultural, es entonces, una tesis que adquiere consistencia en relación a lo que ocurre en otros países del continente. Es también una tesis histórica en el sentido que diagnostica un proceso de varios siglos en que han intervenido factores diversos y complejos. Tal diagnóstico explica que Chile sea hoy día –comparativamente– un país de una interculturalidad abortada o interferida, un país de un multiculturalismo mutilado, un país en que por razones históricas de nexos y hegemonías socio-políticas las

diferencias culturales de base étnica o demográfica no se han potenciado, en que los diversos sectores culturales y regionales que integran la nación no se han convertido en actores culturales a plenitud (lo que significa que desde cierto punto de vista aún no la integran). Así planteado, el problema no es, como se ha sostenido, una cuestión de ocultamiento o de velo, o de una puesta en escena débil de la identidad chilena; no se trata de una mera operación discursiva⁸; el problema tiene también una dimensión extradiscursiva, que apunta a una debilidad estructural en la proyección del espesor cultural de carácter étnico, demográfico y social del país. Precisamente este déficit de espesor explica que en Chile la identidad nacional y las apelaciones identitarias estén fuertemente signadas por los principales hitos históricos y las ideologías predominantes en cada época, y que haya primado, como hemos dicho, una constitución identitaria que opera como vagón de cola de la política y de la práctica social.

Cohesión social y globalización

El espesor cultural tiene una función de argamasa: es un fenómeno de cohesión social y de apelación identitaria. Desde esta perspectiva tiene una incidencia en la identidad nacional y en la integración interna de la nación. El déficit de espesor cultural incide, por ende, en una identidad nacional no integrada desde el punto de vista cultural. O si se quiere: en una identidad nacional que se construye fundamentalmente –desde la vertiente ilustrada– a partir de lo político y la práctica social; tal ha sido, como señalábamos, el caso chileno. Es desde allí –desde la dimensión de lo político– que se han generado los flujos de energía y los momentos más dinámicos en la historia de la cultura del país (las movilizaciones estudiantiles, la bohemia y la vanguardia en las primeras décadas del siglo veinte; posteriormente el frente popular y la generación del 38; luego los proyectos de emancipación y el movimiento cultural de los 60, etc.).

Ahora bien, en la escena contemporánea no sólo operan factores de integración social de carácter étnico o demográfico. También los hay vinculados a las representaciones que movilizan los deportes y los medios de comunicación de masas, particularmente la televisión. Como sostiene un estudio reciente, “es posible pensar que a través de la futbolización del espacio público se estarían

⁸ Sonia Montecino, “Cóncores y condoritos”, *El Mercurio*, 21 de octubre, 1998.

cumpliendo funciones necesarias de cohesión social y de adaptación de los sujetos a un ambiente modernizado. El fútbol ofrecería un 'nosotros', que no encontraría su realización en otros ámbitos del acontecer social; estaría satisfaciendo necesidades de pertenencia y participación difíciles de lograr en una sociedad atomizada e individualizada. Además y en relación a la adaptación de los sujetos a un ambiente competitivo, el fútbol estaría ofreciendo ídolos que encarnarían, en un terreno virtual, los anhelos de la fama y el éxito, impuestos como metas y negados como realización para la mayoría de los individuos"⁹. Una reflexión similar podría hacerse respecto a las teleseries o a determinados programas de la TV abierta o de la radio; así ocurre, por ejemplo, con el programa del Rumpy, en la Radio Rock and Pop, programa que ha generado un proceso de pertenencia y apelación identitaria, incluso con el uso de un determinado lenguaje.

La cohesión social y las identidades generadas por vía de los medios o el deporte, si bien constituyen un "nosotros" colectivo, conforman sin embargo, en términos de persistencia, de cohesión y de espesor, identidades de un pathos diferente y de corto alcance comparadas con aquellas que tienen una base étnica o demográfica.

Estudiosos han reparado que grupos que de alguna manera fueron excluidos o recibieron un trato desmedrado en la constitución de lo nacional (las mujeres y los indígenas, por ejemplo), no necesariamente se ven amenazados por los procesos de globalización en curso, tampoco por la massmediatización. Néstor García Canclini percibe en el contacto de indígenas con la globalización, más que peligros y amenazas, oportunidades para pasar desde el indigenismo paternalista y cabibajo a modalidades más autogestativas. "Se apropian de los conocimientos, los recursos tecnológicos y culturales modernos. Combinan procedimientos curativos tradicionales con la medicina alopática, siguen técnicas antiguas de producción artesanal y campesina a la vez que usan créditos internacionales y computadoras... Los campesinos guatemaltecos, mexicanos y brasileños envían por fax informes sobre violación de derechos humanos a organismos internacionales; indígenas de muchos países usan videos y correo electrónico para transmitir su defensa de formas alternativas de vida".¹⁰

⁹ Giselle Munizaga, en *La pantalla delirante. Los nuevos escenarios de la comunicación en Chile*, Carlos Ossa (ed.), Santiago, 1999.

¹⁰ Néstor García Canclini, *Consumidores y ciudadanos. Conflictos multiculturales de la globalización*, México, 1995.

Lo señalado por García Canclini indica que en países en que hay una fuerte presencia étnica, la globalización no significa necesariamente una mayor desintegración o una amenaza a la identidad. Por otra parte, la globalización implica, en términos económicos, que el rol de los mercados deviene fundamental en la coordinación de la vida económica, y que la nación ve disminuido su rol a este respecto. Desde esta perspectiva se ha señalado que la globalización conlleva una disolución de las monoidentidades vinculadas a la tierra y a la sangre, o si se quiere, una erosión de las identidades más estables, pasando a ocupar un rol más relevante las identidades nómades o transitorias, como por ejemplo las vinculadas a un club de fútbol o a un determinado tipo de consumo; identidades éstas que cumplen un rol de cohesión social pero a nivel micro.

Ahora bien, en un país en que hay un déficit de espesor cultural étnico o demográfico de arrastre, este tipo de identidades transitorias desempeñan un rol aun más relevante en la vida social y pueden incluso contribuir al creciente menoscabo de la identidad nacional. Estas nuevas identidades son las que estudiosos como García Canclini han llamado identidades nómades, desterritorializadas, fragmentadas, híbridas o también identidades locales. Se trata de voces e identidades que son evidentes en la juventud visible del país, en las barras bravas, en los grupos de raperos o de rock contestatario. En base a este tipo de fenómenos y a la presencia de identidades nómades o locales, se afirma que la nación viene experimentando un deterioro como contenedora de lo social, y que viene siendo reemplazada –en esta función– por equipos deportivos, corrientes musicales o modas.

Cabe hacer tres observaciones respecto a este nuevo escenario en que sobrepasan las identidades locales o microidentidades por sobre la identidad nacional: la primera es que se vive un clima intelectual de época (algunos lo llaman postmoderno) caracterizado por la carencia de utopías, por el pensamiento débil, por una cierta proclividad a lo múltiple y a lo heterogéneo y por una pérdida de competencia del Estado y la nación en los más distintos ámbitos (económico, comunicacional, educativo, artístico, etc.). Desde esta perspectiva las energías intelectuales de quienes piensan el tema de la identidad se han volcado a la crítica del esencialismo y al rescate de las identidades locales e híbridas, evitando así reducir los distintos modos de ser chileno, brasileño, argentino, a un paquete de rasgos fijos y arcaicos, a un patrimonio monocorde y ahistórico. Dado este clima intelectual era esperable que los temas de identidad nacional fuesen relegados a la crítica del esencialismo identitario, y a la

desconfianza frente al discurso de un específico cultural latinoamericano, o, para el caso, chileno.

Si bien es cierto que las identidades locales desempeñan hoy día un rol significativo en el plano de la expresividad social, las mismas pueden ser cuestionadas respecto a su perdurabilidad, espesor y valor estético. Cabría en efecto preguntarse: ¿qué significa la constitución de una identidad cultural o de un “sí mismo” en torno a un determinado estilo musical, a un programa de radio o a un club de fútbol? Se ha señalado que MTV Latina (señal por cable de video clips musicales con sede en Miami) ha sido más efectiva a la hora de cumplir el sueño bolivariano de integración latinoamericana que muchos discursos, foros y tratados internacionales. No cabe duda, a partir de ejemplos de esta índole, que, efectivamente, por la vía del mercado (musical, audiovisual, canal por cable, etc.) se están dando fenómenos de integración social y de constitución de identidades. Cabe, sin embargo, preguntarse, si frente a estas nuevas voces culturales no estaremos frente a lo que Baudrillard llamaba “utopías profilácticas”, utopías menguadas, sin grandeza y algo tristes, como la utopía de una “vida sin colesterol”, o la utopía del “yo autosuficiente”.

El mismo video clip, la misma señal por cable, la misma comida rápida, la misma música juvenil en lugares tan distantes como Katmandú, Belfast y Santiago. Se habla de cultura estereotipada y de uniformación transnacional de la cultura. De un escenario en que predominan la massmediatización, la internacionalización y la organización audiovisual de la cultura, un escenario complejo en que se rompen las viejas demarcaciones culturales (entre lo culto y lo popular, entre lo nacional y lo extranjero, entre lo tradicional y lo moderno), un escenario en que emergen las dinámicas de hibridación de culturas y subculturas que dan lugar a identidades nuevas y múltiples, identidades locales y nómades, sin el apego a las viejas territorialidades nacionales.

Todo este proceso –se afirma– estaría siendo empujado y sería una consecuencia de la globalización. Ahora bien, si aceptamos este diagnóstico, cabe decir que la situación resulta muy diferente en un país que tiene un espesor cultural fuerte –como México, Argentina o Brasil– que en uno que lo tiene débil como Chile. No es lo mismo la presencia que adquiere la música anglo, difundida por las transnacionales de la música, no es lo mismo ese destino, decíamos, en el país del tango o de la samba y el bossa nova, que en un país en que el baile nacional es apenas una cuestión de una vez al año durante las

fiestas patrias, un baile más bien carente de prestigio simbólico en un alto porcentaje de la población, y en franco retroceso ante la cumbia, la salsa y el merengue. Hay por supuesto enclaves o bolsones de espesor o de hibridez cultural, sin embargo, todo diagnóstico del caso chileno debe considerar la ausencia de expresividad cultural diversa con valor y proyección de identidad nacional como un hecho de la causa. Y si queremos ser realistas es en base a un diagnóstico de esta índole que debe plantearse la pregunta por la posibilidad de un proyecto de identidad nacional que concite la suficiente adhesión y legitimidad, por un proyecto que pueda darle cauce a la diversidad cultural del país.

Desafíos para la democracia

El cuadro identitario que hemos recorrido se caracteriza en primer lugar por un déficit de espesor cultural de arrastre; en segundo término, por un resurgimiento de identidades locales o micro-identidades, acompañado por un desperfilamiento del rol de la nación y del Estado, en el contexto de la globalización. Y, por último, en tercer lugar, por una autoafirmación del pueblo mapuche que funcionaliza, en pro de esta autoafirmación, algunas dimensiones de la globalización en curso. ¿Cuáles son, en este contexto, los principales desafíos para que la identidad nacional concite una adhesión suficiente? ¿Es posible darle cauce, aun, a la diversidad cultural del país, particularmente a la de raigambre étnica? ¿Es posible enriquecer el espesor cultural chileno por la vía del fortalecimiento de los procesos interculturales? A partir de lo señalado y de la constatación del peso que ha tenido en la construcción de la identidad nacional la dimensión de lo político y la práctica social, ¿cuál debería ser el camino y la estrategia a seguir? Por otra parte, con respecto a los procesos culturales, cabe preguntarse si las dinámicas que informan el campo cultural son susceptibles de afectarse por la vía de determinadas políticas públicas o de proyectos identitarios. ¿O es que acaso los fenómenos culturales se moldean y sedimentan sólo en el tiempo largo, como ocurre con el espesor cultural de carácter étnico o demográfico? O, por el contrario, ¿es posible incidir en la trama del tejido social y cultural? ¿Es factible, en definitiva, una suerte de ingeniería de la identidad cultural?

Hay ejemplos de dinámicas identitarias generadas sin políticas expresas, dinámicas que son más bien el resultado de un determinado curso histórico, como los casos que comentábamos de Brasil y Paraguay. Pero hay también

dinámicas identitarias que son el resultado de políticas públicas, como es, por ejemplo, la creación de un espacio cultural europeo vinculado a las políticas de la comunidad económica europea. Hay casos en que las políticas públicas en ámbitos democráticos refuerzan o abren el camino a los espesores e identidades culturales regionales y locales, como ha ocurrido por ejemplo en España gracias al fortalecimiento consensuado de las autonomías y gobiernos regionales. Está también el caso de Canadá y sus políticas multiculturales. Desde esta perspectiva en el caso chileno estamos convencidos de que partiendo del peso que ha tenido en la construcción histórica de la identidad nacional la dimensión de lo político y la práctica social, las respuestas tendrán que encarar y enfatizar esa dimensión. De allí la necesidad de profundizar la identidad democrática del país y el rol que ello puede jugar por una parte para abrir el cauce a la diversidad cultural, y por otra, paralelamente, para lograr una mayor integración y cohesión social.

Profundizar la democracia implica articular las diferencias. Implica avanzar por lo menos en tres espacios: en el espacio jurídico de derechos y libertades; en el espacio de reconstitución democrática o de las instituciones y partidos políticos, y en el espacio de una ciudadanía democrática o una ciudadanía responsable y emancipada. Se trata de promover la democratización de la democracia de modo que el ámbito de lo político ayude a destrabar las interferencias y los déficit de arrastre en el plano cultural. Ahora bien, el Estado es por su rol una institución homogeneizante, la profundización de la democracia debiera correr por ende, en gran medida, por cuenta de la sociedad civil, y del movimiento social, cultural y político.

La interculturalidad y la democracia cultural apuntan a la idea de permeabilidad entre culturas y sujetos diversos: para que ello opere se requiere democracia política, cultural y comunicativa. Desde esta perspectiva el problema mapuche no es sólo un problema más, es un asunto de mucho mayor proyección en la medida que somete a prueba el grado de cultura humanista y democrática de la nación chilena. Estamos tal vez ante la última oportunidad para abrir los cauces de una interculturalidad que ha estado en gran medida trabada. La profundización multifocal de la democracia aparece como una vía para destrabar la interculturalidad latente que existe en el país, lo que tal vez hoy por hoy no es sólo un requerimiento de una sociedad más sana y democrática, sino también de una sociedad que en todos los planos necesita tener herramientas para administrar de la mejor manera posible el nuevo escenario de la globalización.